ESPARTACO Y EL FENÓMENO DEL BANDOLERISMO SOCIAL

Óscar Lapeña Marchena

Universidad de Cádiz

El presente trabajo estudia el fenómeno del bandolerismo social; al mismo tiempo estudia el fenómeno del bandolerismo en Roma y establece algunas relaciones con la revuelta de Espartaco.

The present work studies the phenomenon of the social brigandage; at the same time it examines the phenomenon of the brigandage in Rome and establishes some relations with the revolt of Spartacus.

Las reflexiones que siguen a continuación parten de dos textos de Eric J. Hobsbawm acerca de la figura de lo que él denomina, bandolero social¹. Aunque su trabajo hace mención a un fenómeno cronológicamente muy posterior al mundo romano, siglos XVIII, XIX e inicios del XX, el área que él estudia es prácticamente la misma que sirvió de escenario al levantamiento de Espartaco. Además, muchos de los aspectos expuestos en su obra, se pueden contemplar en las manifestaciones de bandidaje en Roma². En la Italia meridional el bandolerismo es una realidad endémica que en determinados momentos alcanza cotas críticas y que desde época antigua ha llegado prácticamente hasta nuestros días.

¹ E. J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos* (Barcelona 1974) 27-52. E. J. Hobsbawm, "Bandolerismo social", H. A. Landsberger (ed.), *Rebelión campesina y cambio social* (Barcelona 1978) 192-213.

² El propio autor señala que "la característica más chocante del bandolerismo social es su notable uniformidad y la reiteración de sus formas", por lo que podemos pensar en una extensión del fenómeno desde tiempos mucho más antiguos. E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1974) 28.

Definimos el bandolerismo social como una de las formas más primitivas que existen de descontento y protesta social; aunque paradójicamente, los protagonistas no sean conscientes de ello. Si hablamos de un bandolerismo al que llamamos social es por que existen, y conviven, diversas formas de bandolerismo, entre ellas el estatal y el que está al servicio de las clases propietarias³.

Los bandidos, estos individuos que aún siendo miembros de la sociedad campesina, viven al margen de ella, se definen en su relación —opuesta—, con el estado y con su propia comunidad. Para los ojos estatales, el bandido es un criminal que en ocasiones se encuentra aún más desprotegido legalmente que otros delincuentes⁴. Por el contrario, para la comunidad de la que ha surgido y que le ofrece unos apoyos vitales para su supervivencia, es un defensor y en cierto modo también un vengador; cuando no, un héroe o un mito. El paso que empuja a un hombre a convertirse en bandido suele ser la ruptura de una norma estatal, no comunitaria; de hecho, para la comunidad, la actuación del estado al impartir justicia supone una intromisión en asuntos que no le atañen. Esta ambivalencia se aprecia en el hecho de que si el estado lo permite, el bandido se reintegra sin ningún tipo de traumas a su comunidad.

El bandolerismo no es un fenómeno revolucionario en ningún sentido que queramos darle al término. Es más, en ocasiones aparece dotado de una fuerte carga moral, presentándose como el defensor de la tradición frente a incursiones ajenas a la comunidad. El bandido no alza sus armas para acabar con el aparato opresor y sí para que la opresión se mantenga dentro de los límites tradicionales. El bandido no va a cambiar la sociedad, procurará perpetuarla en las mismas condiciones que él conoce. El bandolerismo suele eclosionar en sociedades atrasadas o primitivas a las que llega un nuevo modelo social y económico, y también, nuevos grupos sociales. Es entonces cuando el bandido asume el papel de defensor de la tradición comunitaria frente a las incursiones externas⁵. Cuando el equilibrio tradicional se hace añicos y la comunidad se ve en peligro, surge la figura del bandido para combatir a la intromisión. Podemos pues, considerar el bandolerismo como un indicador de la descomposición que sufre una sociedad tradicional, incapaz de hacer frente al desembarco de nuevas estructuras más rentables. Nos viene a la cabeza el ejemplo de la expansión de Roma en el sur de Italia, introduciendo nuevos modelos agrícolas frente a los ya existentes en la zona. Esta rápida reflexión puede conectarse con las múltiples revueltas “nacionalistas” que jalonan la historia de Roma. En ellas, el elemento “nacionalista” se entendería como una profunda resistencia al cambio, y a aceptar un sistema de valores ajenos; ven su tradicional modo de vida a punto de desaparecer y reaccionan contra ello⁶.

³ E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1974) 27.

⁴ E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1978) 195.

⁵ E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1974) 43; E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1978) 197.

⁶ E. Pitillas Salañer, “Los nacionalismos en el Imperio y su resistencia a la asimilación romana. Estudio de las fuentes”, *Historia Antiqua* 19 (1995) 278.

Por tanto, el bandolerismo, lejos de ser una manifestación de índole revolucionaria, se pone al servicio de la tradición. No lucha contra el sistema opresor, no pretende la igualdad, sino establecer unos límites, conocidos por todos, a esa opresión⁷. Y es más, el bandido no representa, con sus actos, a la comunidad campesina de la que surge; es una protesta individual que sólo busca logros personales: escapar de su condición y alcanzar riqueza, sobre todo. Si no se integra en un movimiento de mayores dimensiones –a los que puede ofrecer modelos–, el bandolerismo resulta ineficaz y está condenado a permanecer estancado⁸.

El ambiente que gesta al bandido es, principalmente, el agrícola (muy cercano a la pobreza y en todo caso, un medio de vida muy duro e inestable). Decimos esto porque las sociedades agrarias producen un excedente de hombres jóvenes y fuertes y sin ataduras familiares, que pueden fácilmente convertirse en bandidos. De hecho, lo normal es que se hagan bandidos, emigren o se enrolen en el ejército para subsistir. Entre los grupos más proclives a convertirse en bandidos están los pastores y los soldados.

Estos individuos, que llamamos bandidos, se agrupan en partidas no muy numerosas, ya que un número muy alto favorece las escisiones, y actúan dentro de sus zonas tradicionales. Muchas de estas partidas están sustentadas en el carisma, el prestigio y la personalidad de su líder⁹. Un líder siempre en peligro de ser traicionado por alguno de los suyos. El bandolerismo se ha perpetuado durante tanto tiempo gracias a la cobertura ofrecida por su comunidad. Sin estos apoyos, los bandidos acabarían convertidos, a los ojos de la comunidad, en auténticos criminales. Y sin apoyos, el fantasma de la traición cobra vida de manera peligrosa.

Podemos hablar de unas zonas en las que el bandolerismo florece con especial virulencia: las montañas, los pantanos, los bosques y las áreas fronterizas.

Conocemos mucho más acerca de cómo era percibido el bandido que de cómo se veía éste a sí mismo. El bandido se presenta a los ojos de su comunidad con los atributos de la justicia, la igualdad, la honradez, la valentía, la fuerza y la generosidad. De ahí que la ficción y los cuentos mil veces repetidos de la comunidad acaben convirtiéndole en un héroe, rodeado de un embalaje mágico y mítico¹⁰. Paradójicamente, y aunque el bandido derive hacia una vida de lujo y escape de lo que sería su lógico destino si no hubiera elegido ser lo que es,

⁷ Robin Hood, el paradigma del bandido, no lucha contra la monarquía, sino contra el tirano y el usurpador Juan sin Tierra y con el objetivo de sentar en el trono al que él considera legítimo dueño: el rey Ricardo. No combate a la institución, sino a la persona que, con su modo de actuar, la mancilla.

⁸ E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1978) 211.

⁹ E. J. Hobsbawm, *op. cit.* (1974) 35.

¹⁰ El bandido, que es un personaje habitual de la literatura romana, acaba compartiendo algunos de los caracteres de los otros habitantes de la noche y de los caminos que acechan al viajero; hablamos de las fieras salvajes –osos, lobos, serpientes–, y también de los fantasmas y demás criaturas sobrenaturales. J. Carabía, “Sorcières, loups et brigands ou les dangers des voyages”, *Pallas* 42 (1995) 93 ss.

esto no le hace perder sus apoyos locales. Siempre y cuando no se convierta en un criminal y en un tirano, dispondrá de ellos.

Expondremos a continuación algunas de las características más significativas del fenómeno del bandolerismo en el mundo romano. Una forma de poder personal fuertemente enraizada en Roma, pues no en vano, los mismísimos Rómulo y Remo fueron dos pastores bandidos antes de fundar la ciudad¹¹.

En Roma, tanto el bandolerismo como su correspondencia marítima, la piratería, aparecen perfectamente delimitados en la legislación¹². Hay establecida una nítida diferencia entre el *bellum* –violencia organizada, autorizada y conducida por Roma, que asumía el monopolio de la violencia para preservar su existencia–, y el *latrocinium* –que englobaba a otras manifestaciones de violencia como la *turba*, la *seditio*, el *tumultus* o la *rebellio*¹³. La guerra es un monopolio de Roma, y en ella se enfrenta a otras entidades reconocidas como soberanas; el *latrocinium* es una forma de violencia irregular que la sitúa frente a rivales que Roma considera inferiores. Baste recordar que mientras la ceremonia del triunfo se reservaba para generales que lograban la victoria en guerras declaradas, la ovación se destinaba a aquellos triunfos en enfrentamientos contra enemigos no legítimos: esclavos, bandidos y piratas¹⁴. Continuando con las leyes, el Digesto distingue entre *hostes*, enemigos a los que formalmente se les ha declarado la guerra, y *latrones o praedones*, simples bandidos dedicados al saqueo¹⁵. El bandolerismo y sus protagonistas son, a los ojos de Roma, un fenómeno marginal que goza de la misma consideración que los desórdenes y las revueltas causadas por esclavos¹⁶.

Esta marginalidad del bandido no es exclusiva de las grandes definiciones, ya que físicamente, el bandido habita los territorios y las zonas marginales de la civilización romana: los bosques, las montañas, los pantanos e incluso las grandes extensiones agrícolas a las que trabajosamente llega la romanización a través de vías y caminos. El territorio de los bandidos se extiende más allá de las murallas, lejos de los núcleos urbanos en donde anida la civilización¹⁷. El bandido vive allí donde no alcanza la larga mano de Roma; no deja de resultar significativo que una de las medidas tomadas para acabar con el bandolerismo lusitano, fuera la de bajar a los bandidos de las áreas montañosas e instalarlos

¹¹ Liv. 1.5.9; 1.5.3. Eutr. 1.1.

¹² A pequeña escala u ocupando a pueblos enteros. M. Clavel-Lévêque, “Brigandage et piraterie: représentations idéologiques et pratiques impérialistes au dernier siècle de la république”, *DHA* 4 (1978) 25. A. Lewin, “Banditismo e civiltas nella Cilicia Tracheia antica e tardoantica”, *Quaderni Storici* 76 (1991) 167-184.

¹³ Dig. 49.15.24. Liv. 2.48.5; 3.61.13; 6.31.6; 38.45.7. L. Flam-Zuckermann, “Á propos d’une inscription de Suisse (CIL XIII, 5010): étude du phénomène du brigandage dans l’Empire Romain”, *Latomus* 29, 2 (1970) 469. B. D. Shaw, “Bandits in the Roman empire”, *P&P* 105 (1984) 6.

¹⁴ Gell. 5.6.21.

¹⁵ Dig. 49.15.24; 50.16.118.

¹⁶ B. D. Shaw, *op. cit.* 9.

¹⁷ B. D. Shaw, “El Bandido”, A. Giardina *et alii*, *El Hombre Romano* (Madrid 1991) 361.

en ciudades, para de ese modo, civilizarlos¹⁸. Roma piensa que, si se pudieran dedicar a otras tareas, abandonarían la actividad criminal; en este sentido es ilustrativa la anécdota de Bulla Felix, quien disfrazado de magistrado, le dijo a un centurión que liberara a sus esclavos, para que así estos no se vieran obligados a convertirse en bandidos¹⁹.

El bandido, además, es marginal desde el punto de vista de la justicia, existiendo acusadas diferencias con cualquier otro delincuente común. El primero adolece de defensa, y su proceso y condena se supeditan a la arbitrariedad del magistrado²⁰. Las penas que le aguardan son aún más crueles que en la justicia ordinaria; similares, eso sí, a las reservadas a los esclavos. La cruz, el fuego, las bestias son algunas muestras del destino que les aguarda. Porque su castigo, la magnitud y la alevosía del mismo, están diseñadas para que sirvan de ejemplo a la comunidad²¹. En la arena, el castigo se escenifica como la victoria de Roma, que encarna a la civilización, sobre los que de un modo o de otro, habitan al margen de ella, ya sean bestias salvajes o bandoleros. No olvidemos que la única política “preventiva” que Roma utilizó para paliar el bandolerismo fue la represión; mediante el castigo y la ejecución pública, la administración romana esperaba disuadir de su actitud a los bandidos; esa misma legislación daba por hecho que el bandido cometía sus acciones de modo voluntario, movido por el afán de riqueza²². Y aunque muchos autores antiguos reconocieron que la raíz del bandolerismo era de índole económica, rara vez se tomaron medidas para solucionar situaciones de pobreza que actuaban como caldos de cultivo de futuros bandidos²³.

La marginalidad atribuida a los *latrones* puede llegar a alcanzar niveles paradójicos. Así, mientras que el prisionero de guerra mantiene sus derechos civiles en un estado de latencia (cuando vuelve a ser libre, los recupera), el secuestrado por los bandidos sigue estando en plena posesión de esos derechos, que en ningún momento se anulan²⁴. Singular concepción legal que acaba asimilando a los *latrones* a otras fuerzas de la naturaleza y a otros imprevistos como son los

¹⁸ J. J. Sayas Abengochea, “El bandolerismo lusitano y la falta de tierras”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Hª Moderna, IV (1988) 711 s.

¹⁹ D.C. 77.10.5.

²⁰ B. D. Shaw, *op. cit.* (1984) 19 s.

²¹ C. Vismara, *Il supplizio come spettacolo* (Roma 1990) 21, 34 y 42. D. G. Kyle, “Rethinking the Roman arena: gladiators, sorrows and games”, *AHB* 11, 2-3 (1997) 94. En ocasiones a los criminales se le ejecutaba en el área en donde ellos actuaban para reafirmar así el orden social y satisfacer a sus antiguas víctimas. K. M. Coleman “Fatal charades: Roman executions staged as mythological enactments”, *JRS* 80 (1990) 46 y 49. D. Potter, “Martyrdom as spectacle”, R. Scodel (ed.), *Theater and society in the Classical world* (University of Michigan 1993) 65. C. Espejo Muriel, “Penas corporales y torturas en Roma”, *Florentia Iliberritana* 7 (1996) 98.

²² C. Wolff, “Comment devient-on brigand?”, *REA* 101, 3-4 (1994) 397 y 403.

²³ Las causas que se entendía empujaban al hombre al bandolerismo eran la pobreza, las características geográficas del entorno, la herencia del “oficio”, o el miedo a ser reclutado en el ejército. C. Wolff, *op. cit.* 395 ss.

²⁴ Dig. 49.15.24.

incendios, los naufragios, los derrumbamientos y los piratas²⁵. Todos habitan un espacio común de amenaza latente e imposible de controlar que se cierne sobre el orden de Roma. El bandido habita en el vacío, legal, jurídico y físico, que separa a Roma de sus enemigos legítimos.

Hablamos de amenaza latente porque, según la concepción romana, hay muchos grupos sociales que dependiendo del momento y las circunstancias, pueden engrosar las filas de los bandidos. Las fronteras, en este sentido, son muy livianas. Cualquiera que porte armas o tenga un fácil acceso a ellas es un *latro* en potencia.

El bandido es una forma de poder personal y de protesta estrictamente individual que se sustenta en dos grandes pilares: la fuerza y el carisma del líder y en los vínculos y apoyos que le tiende la comunidad de la que surgen. Los *latrones* se organizan alrededor de un jefe carismático, decidido y valiente²⁶, o al menos éstas son algunas de las cualidades que se supone debe poseer. La partida, generalmente no muy numerosa, se mantiene unida gracias a los valores del cabecilla. Es él quien los cohesiona y organiza. La unidad se mantiene mediante un fuerte sentimiento de camaradería y a la honestidad e igualdad que debe presidir el reparto del botín²⁷.

Sin el apoyo de la comunidad de la que los bandidos salen, es imposible que éstos sobrevivan durante un largo período de tiempo. Hablamos de zonas reducidas en las que los *latrones* disfrutaban de la solidaridad y la colaboración de sus habitantes. Hasta tal extremo esta situación era así, que las leyes consideraban del mismo modo al bandido y a aquellos que les prestaban apoyo²⁸. La comunidad puede, en ocasiones, llegar a mitificar a los bandidos, cuando no ya a confundirlos directamente con la figura de los santos; en esta confusión se mezclan dos diferentes tipos humanos que la comunidad percibe como sus protectores²⁹.

Al tratarse de un poder basado en el líder y en los vínculos que unen a éste con los suyos y a todos con la comunidad, el máximo temor vendrá dado por la ruptura de uno de esos lazos. Muchos bandidos, incluyendo a algunos de los más famosos como Bulla Felix o Materno, acabaron sus días y sus andanzas merced a la traición³⁰. El riesgo de ser vendidos por alguno de sus compañeros

²⁵ Dig. 13.6.18 pr.; 19.2.9.4; 19.5.20; 27.1.13.7; 35.2.30; 39.5.34.1. Encontramos esa misma realidad en el testimonio de Pablo de Tarso: *Cor.* 2.9.26.

²⁶ L. Flam-Zuckermann, *op. cit.* 459. B. D. Shaw, *op. cit.* (1991) 355.

²⁷ Cicerón admitía que entre los bandidos existen muestras de organización social, como son la posesión de su propia justicia, de un código de honor y el reconocimiento de la propiedad. *Cic. Off.* 2.11.40.

²⁸ Dig. 47.16.1. B. D. Shaw, *op. cit.* (1984) 14 ss.

²⁹ Es el caso de San Martín, recogido en: A. Giardina, "Banditi e santi: un aspetto del folklore gallico tra tarda antichità e medioevo", *Athenaeum* 61, 3-4 (1983) 374-389. Amando y Eliano, los líderes bagaudas, también recibieron eventual veneración como santos. R. MacMullen, *Enemies of the Roman order: Treason, unrest and alienation in the Empire* (New York 1992) 192.

³⁰ DC. 77.10.7. Hdn. 1.10.7.

será mayor que el de finalizar sus correrías a causa de las repetidas medidas que Roma organizó para acabar con ellos³¹.

Las áreas más proclives a albergar a los bandidos son aquellas escasamente romanizadas o de difícil acceso: zonas de montaña, pantanosas o boscosas³². Son los habitantes de esos entornos hostiles los que más fácilmente pueden convertirse en bandidos. Estos han llegado allí huyendo de la sociedad o porque trabajan en esos hábitats. Es el caso de los pastores; las características propias de su oficio, que exige hombres jóvenes, fuertes, armados y siempre en movimiento siguiendo los rebaños, acababan situándolos muy cerca de la frontera que los separaba de los bandidos³³.

Pero no son los únicos que pueden dar ese paso. A los pastores se le añaden los soldados. No en vano lo que diferencia a la violencia cometida por los *latrones* de la perpetrada por los soldados es que a éstos Roma los legitima para actuar de ese modo³⁴. Dentro de los soldados tenemos el caso especial de los veteranos, a los que una problemática adaptación a la vida civil les puede empujar a seguir haciendo lo que habían hecho hasta ese momento, solo que sin la protección estatal; por lo que acababan convertidos en *latrones*³⁵. Englobamos aquí también a los miembros de las tropas auxiliares: mercenarios de fluctuante lealtad que atendiendo a las circunstancias oscilan desde las filas del ejército a las de las partidas de bandoleros³⁶. No nos olvidamos tampoco de los desertores, que utilizan los conocimientos y la experiencia militar adquirida para rentabilizarlas en su propio beneficio³⁷. Y por último, están las tropas de los generales vencidos en las luchas internas por el poder; la derrota de su comandante significa que a los ojos de Roma, estos hombres pasan a ser automáticamente bandidos.

Como sucede con otros sectores marginales de la sociedad romana, no disponemos de testimonios producidos directamente por los bandidos. Prácticamente todo lo que sabemos nos ha llegado a través de la percepción que la sociedad tenía de ellos. En las novelas romanas aparecen los bandidos actuando al amparo de la noche, infestando los caminos en pequeñas partidas unidas en torno al líder —építome del valor y del poderío sexual—, y basados en la honestidad del reparto y en la participación en ritos comunes³⁸.

³¹ B. D. Shaw, *op. cit.* (1991) 370 ss.

³² El bosque, que es concebido por Roma como un lugar económica y socialmente retrasado, era un refugio tradicional de bandidos. A. Prieto, "El bosque en Hispania según Estrabón", M. J. Hidalgo de la Vega (ed.), *Homenaje a Marcelo Vigil* (Salamanca 1989) 51 s. C. Wolff, *op. cit.* 398. A. Giardina, "Uomini e spazi aperti", *Storia di Roma* 4 (Torino 1989) 78 ss.

³³ Una de las medidas, tardías, que Roma tomó contra los pastores fue la prohibición del uso de caballos, sin duda para prevenir sus posibles incursiones. *CTh.* 9.30.1; 9.30.4. Los pastores siguieron siendo bandidos potenciales hasta períodos muy tardíos. R. Van Damm, *Leadership and Community in Late Antique Gaul* (Berkeley 1985) 17 s.

³⁴ B. D. Shaw, *op. cit.* (1991) 367 ss.

³⁵ V. Giuffré, "Latrones desertoresque", *Labeo* 27 (1981) 214-218.

³⁶ B. D. Shaw, *op. cit.* (1984) 34.

³⁷ Uno de los bandidos más famosos, Materno, era un desertor. *Hdn.* 1.10 ss. C. Wolff, *op. cit.* 402.

³⁸ L. Flam-Zuckermann, *op. cit.* 461.

Otro canal que nos permite apreciar la concepción que se tenía de los bandidos, es la utilización que del término *latro* y derivados se hacía en los enfrentamientos y disputas políticas de finales de la República, y también en la lucha posterior por la púrpura imperial³⁹. Personajes de la talla de César⁴⁰, Catilina⁴¹, Dolabella⁴² y Antonio⁴³ fueron en varias ocasiones tildados —ellos, sus colaboradores y sus acciones—, de *latrones* y de *latrocinium*. Del mismo modo, se usó el término para designar a aspirantes al trono imperial, caso de Magencio⁴⁴ y de Máximo⁴⁵. En estos últimos casos, el bandido se presenta como el opuesto en la escala social al emperador, de ahí que se establezca esa identificación entre usurpador y bandido⁴⁶.

Pero todo lo expuesto hasta el momento no nos debe hacer olvidar que el *latrocinium* no significó nunca una forma de rebeldía social ni un movimiento que demandaba la consecución de reformas políticas, sociales o económicas. Los objetivos de los bandidos son limitados y egoístas. No aspiran a lograr ningún tipo de cambio estructural; sólo buscan sobrevivir y sacar el máximo beneficio personal a sus acciones. Cuando alguno de ellos logra enriquecerse y deja de ejercer su oficio se comporta como un potentado más. Al igual que sucedía con los esclavos sublevados, los *latrones* también tienden a organizarse siguiendo los modelos existentes y con los que están familiarizados. El bandido no pretende derribar el estado, lo imita para alcanzar sus objetivos⁴⁷.

El bandolerismo fue un fenómeno que se extendió a lo largo y ancho de la República y del Imperio. Uno de los ejemplos más cercanos, aunque desde luego no el único⁴⁸, fue el del bandolerismo lusitano. Las raíces más profundas de esta manifestación violenta de descontento social son de carácter econó-

³⁹ P. Jal, “*Hostis (publicus)* dans la littérature latine de la fin de la république”, *REA* 65 (1963) 67 ss.

⁴⁰ Plu. *Caes.* 30. Cic. *Att.* 14.10.2; 14.13.4.

⁴¹ Cic. *Catil.* 1.10; 1.27.

⁴² Cic. *Fam.* 12.14.1; 12.15.2; 12.15.4-5; 12.15.7.

⁴³ Cic. *Att.* 10.5.3; 10.6.1; 10.14.1; 10.15.1; 10.24.3; 12.2.2; 16.27.2. *Phil.* 2.3.5; 2.3.6; 2.4.9; 2.25.62; 2.34.87; 3.11.29; 4.2.5; 4.4.9; 4.6.15; 5.3.6; 5.7.18; 5.8.23; 5.11.30; 6.2.3-4; 6.5.12; 8.3.9; 11.3.7; 11.5.10; 11.6.14; 11.13.32; 11.14.36; 12.6.12; 12.8.20; 12.10.26; 12.12.27; 13.5.10; 13.7.16; 13.9.20; 13.12.26; 13.13.29; 14.3.8; 14.4.10; 14.5.14; 14.7.21; 14.10.27; 14.12.31.

⁴⁴ *Paneg. Lat.* 9.3.5.

⁴⁵ *Paneg. Lat.* 12.26.2-3.

⁴⁶ R. MacMullen, “The Roman concept Robber-Pretender”, *RIDA* 10 (1963) 221-225.

⁴⁷ L. Flam-Zuckermann, *op. cit.* 462. B. D. Shaw, *op. cit.* (1984) 50. Existe un bandolerismo que podríamos llamar político y que sí lucha contra Roma y las autoridades locales que colaboran con ella; nos referimos al caso del bandolerismo judío bajo la dinastía Julio-Claudia. C. Wolff, *op. cit.* 401.

⁴⁸ Era endémico en Cerdeña (Varr. *R. R.* 1.16), Dalmacia (Flor. 2.25) o Partia (Str. 16.1.17-18). Para comparar puntos en común con el bandolerismo en Cilicia: K. Hopwood, “Bandits, elites and rural order”, A. Wallace-Hadrill (ed.), *Patronage in Ancient Society* (London 1990) 173. Para el bandolerismo en Oriente: F. J. Lomas Salmonte, “Bárbaros y barbarie en Estrabón”, *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* (Jaén 1981) 16 s. y 21 s. N. Santos Yangüas, “Algunos problemas sociales en Asia menor en la segunda mitad del siglo IV d.C.: Isaurios y Maratocuprenos”, *Hispania Antiqua* 7 (1977) 251-278.

mico⁴⁹: la desigual distribución de las tierras y la acusada polarización social. El bandidaje aparece como una válvula de escape, junto con la emigración y el mercenariado, de la situación de pobreza en la que viven muchos miembros de esas comunidades⁵⁰. Aunque hay algunas opiniones que disienten de esta interpretación tradicional de los hechos y subrayan el fuerte tono etnocentrista de la misma, al tiempo que minimizan el factor económico como causa del bandolerismo y apuntan a que este fenómeno, entre los lusitanos, podía tener cierto carácter iniciático, o al menos estar directamente relacionado con la concepción que de la guerra tenían estos pueblos⁵¹.

La intervención romana acentuó las diferencias existentes en el seno de estas comunidades, al tiempo que las atrocidades cometidas por ambos bandos contribuyeron a mantener vivo el fenómeno⁵². La solución no pasaba por abordar el problema únicamente desde el punto de vista policial y de orden público. De ahí que Roma fracasara en sus repetidos intentos por acabar con él; luego optó por reconocer la vertiente socioeconómica del asunto, cambiando la táctica utilizada: se llegó entonces, a una etapa caracterizada por la distribución de tierras y por el asentamiento en ciudades de aquellos que habían hecho de las montañas su particular reino⁵³.

Es indudable que la enorme extensión del bandolerismo en el mundo romano, obedece no sólo a factores objetivos, es decir al propio fenómeno en sí. No olvidemos que el término *latro* se utilizaba para designar al bandido como tal, pero también a los pretendientes al trono, a los usurpadores, a los herejes, a los rivales políticos y en líneas generales, a todos aquellos habitantes de la periferia del Imperio⁵⁴. Por lo tanto, las enormes dimensiones alcanzadas por estas manifestaciones fueron debidas en gran parte a la instrumentalización política que del fenómeno hizo Roma⁵⁵. Roma se asignó a sí misma el papel de paradigma de civilización y de superioridad cultural, de orden y de normalidad; como sociedad superior al resto, se vio en la obligación de presentar a todos los que no compartían sus mismas características como habitantes de insalubres regiones, salvajes a los que se les beneficiaba con su aporte civilizador. De este modo, el apelativo

⁴⁹ Los desplazamientos de partidas lusitanas hacia el sur que tradicionalmente han sido vistas como incursiones en busca de botín, también pueden ser entendidas como desplazamientos transhumantes a la búsqueda de pastos invernales para su ganado. J. Sánchez-Corriendo Jaén, “¿Bandidos lusitanos o pastores transhumantes? Apuntes para el estudio de la transhumancia en España”, *Hispania Antiqua* 21 (1997) 75 s.

⁵⁰ J. J. Sayas Abengochea, *op. cit.* 702, 708. A. García Bellido, “Bandas y guerrillas en sus luchas con Roma”, A. Prieto (ed.), *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua* (Madrid 1986) 17-20. F. J. Lomas Salmonte, *op. cit.* 15 ss.

⁵¹ M. V. García Quintela, “Sources pour l'étude de la protohistoire d'Hispanie. Pour une nouvelle lecture”, *DHA* 17, 1 (1991) 92 ss.

⁵² App. *Iber.* 52 y 60.

⁵³ A. García Bellido, *op. cit.* 18. J. J. Sayas Abengochea, *op. cit.* 713 s.

⁵⁴ R. MacMullen, *op. cit.* 218.

⁵⁵ M. Vallejo Girvés, “El recurso de Roma al bandidaje hispano”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua* 7 (1994) 167 ss.

de *latrocinium* se extendió más allá de la mera manifestación de subsistencia. Tal razonamiento aparece directamente conectado con las concepciones políticas y militares de la clase dirigente romana. Para la oligarquía de Roma no sólo cuentan los factores de índole económica, sino que admite la existencia de otros motivos a la hora de actuar. Uno de ellos es la búsqueda de gloria y de reconocimiento público a su actuación para de ese modo, destacar dentro de su propio círculo⁵⁶. Y qué mejor lugar para alcanzar la ansiada gloria que en las guerras exteriores, haciendo frente y de paso civilizando, a enemigos extrarromanos. Un ejemplo de ello lo encontramos en las guerras en Hispania que al margen de fuente de riquezas para los que participaron en ellas, fueron un camino fácil para la obtención de gloria y dignidad aristocrática⁵⁷.

Tras este acercamiento a la concepción del bandido en el mundo romano, queremos establecer algunos puntos de convergencia entre ese fenómeno y la revuelta servil de Espartaco. Roma diferenciaba con precisión entre la guerra oficial, declarada y contra un enemigo reconocido –*bellum*–, y otras manifestaciones de violencia ejercida contra rivales poco definidos –*latrocinium*–. Nos encontraríamos pues, ante una primera contradicción en nuestra tarea. Las fuentes clásicas coinciden en su mayoría en encuadrar la revuelta de Espartaco dentro de la categoría de *bellum*⁵⁸. Pero no es menos cierto que la misma legalidad que marca las diferencias entre un tipo y otro de enfrentamiento establece con idéntica precisión los premios que aguardan a los generales victoriosos. El *bellum* concede el derecho –si el senado lo aprueba y se cumplen una serie de requisitos⁵⁹–, a la ceremonia del triunfo. Mientras que para el vencedor de un *latrocinium*, contra enemigos no legítimos, como son piratas y esclavos, queda una ceremonia de menor envergadura, la ovación⁶⁰. Y no olvidemos que, mientras Pompeyo fue recompensado con un triunfo por su victoria sobre Sertorio en Hispania, Craso se hubo de conformar con una ovación⁶¹. Por lo tanto, en el caso de Espartaco,

⁵⁶ L. A. García Moreno, “Presupuestos ideológicos de la actuación de Roma durante el proceso de conquista de Hispania”, *Gerión* 5 (1987) 229 ss.

⁵⁷ De los 36 triunfos celebrados en Roma en el período del 200 al 170 a.C., 14 fueron por victorias en Hispania. En el mismo período hubo 7 ovaciones, todas ellas llegadas desde Hispania. J. S. Richardson, “The triumph, the praetors and the senate in the early century b.C.”, *JRS* 65 (1975) 54 y 56.

⁵⁸ *Plu. Crass.* 8.1; *Plu. Cat. Minor.* 8.1; *App. B. C.* 1.118.120; *Liv. Per.* 95; *Flor.* 2.8; *Front. Strat.* 2.5.34; *Fronto. Ep.* 181.17; *Eutr.* 6.7.2; *Oros.* 5.24; *Agus. C.D.* 3.26; Sinesio de Cirene, *Real.* 24 a, b. Lucano lo califica de *hosti.* 2.554. Sólo César usa el término de *servilis tumultus*. *Caes. B. G.* 1.40.5.

⁵⁹ Condiciones como que la provincia quedara pacificada, que el general licenciara a sus tropas, o que causara al enemigo, en una sola batalla, al menos cinco mil muertos. *Val. Max.* 2.8.1. J. S. Richardson, *op. cit.* 62. Aunque, como sucedió en el 187 a.C., el senado permitió que una simple ovación fuera celebrada como un triunfo. *Liv.* 38.45.1-50.3.

⁶⁰ *Gell.* 5.6.21. En el triunfo, el general entraba en Roma sobre un carro, mientras que en la ovación lo hacía a pie. *Dion. Hal. Ant. Rom.* 8.67.10.

⁶¹ *Plu. Crass.* 11.11. Aunque Craso intentó, sin conseguirlo, que el senado le concediera un triunfo. *Cic. In Pis.* 24.58. Hay opiniones que sostienen que Craso logró el premio que merecía, al igual que los generales que sofocaron las revueltas sicilianas; con la salvedad de que él fue personalmente obsequiado por el senado con una corona de laurel, que distinguía a aquel que conseguía un triunfo. B. A. Marshall, “Crassus’ ovation in 71 B.C.”, *Historia* 21 (1972) 672 s.

los términos *bellum* y *latrocinium* confluyen hacia un mismo espacio indeterminado en el que se confunden las teorías legales. Y redundando en ese territorio común que engloba a ambos, recordemos que el bandolerismo era concebido como una manifestación violenta asimilada a los desórdenes provocados por los esclavos rebeldes⁶². De todo lo anteriormente expuesto se deduce que a pesar de la transparencia de las divisiones legales romanas, la realidad iba mucho más allá, llegando a solapar fenómenos dispares.

El primero de estos puntos coincidentes radica en el hecho de que el propio Espartaco fue un bandido. Según el testimonio de Floro⁶³, el tracio sirvió en las fuerzas auxiliares, luego desertó, convirtiéndose de ese modo y a los ojos de Roma en un *latro*⁶⁴. Posteriormente fue capturado y condenado a ser un gladiador. Su carrera vital ilustra lo que hemos venido diciendo hasta ahora sobre los bandidos. Podemos suponer que su alistamiento al servicio de Roma vino motivado por razones de subsistencia. También vimos como la línea que dividía la legalidad de estas tropas de la ilegalidad en la que se movían los bandidos era muy leve, y que un giro en las condiciones de vida podía desembocar en el cruce de esa frontera invisible. El castigo que sufre Espartaco era uno de los más duros, como los que aguardaban a muchos *latrones*. Podemos suponer además, que si el tracio aprendió disciplina y organización militar por su paso por las tropas auxiliares romanas, también debió aprender algo de la organización y la estrategia utilizadas por los bandoleros. Esta doble influencia se apreciaría en sus acciones posteriores.

Los caminos y terrenos elegidos por el tracio y sus seguidores para transitar por Italia son los que dibujan la “geografía del bandidaje”. De hecho, nos movemos en un escenario común que acoge por igual a bandidos, esclavos y pastores. No es necesario insistir en el hecho de que estamos ante unos fenómenos de violencia protagonizados por unos sectores marginales de la sociedad, que pertenecen tangencialmente a la civilización, y que habitan –en estricto sentido geográfico–, en unos parajes en donde la presencia de Roma llega muy diluida. En cierto sentido, estamos hablando de la figura de los bárbaros⁶⁵; bárbaros como los tracios, los galos o los germanos que al menos en el origen, formaban las huestes de Espartaco o que desempeñaron los puestos más destacados en la dirección de la revuelta.

Las coincidencias en cuanto al territorio físico que fue testigo de sus correrías nos llevan a pensar que los aspectos comunes pueden englobar otros elementos,

⁶² B. D. Shaw, *op. cit.* (1984) 9.

⁶³ Flor. 2.8.

⁶⁴ Líderes rebeldes de épocas muy posteriores se aprovecharon igualmente de la instrucción militar aprendida de manos de los que luego serían sus enemigos, caso del cosaco Pugachev o de Emiliano Zapata. H. A. Landsberger, “Disturbios campesinos: temas y variaciones”, H. A. Landsberger (ed.), *Rebelión Campesina y Cambio Social* (Barcelona 1978) 77 s.

⁶⁵ Diodoro Sículo califica al propio Espartaco de *Βαρβαρος*. D. S. 38-39.21. En muchos casos es la tradición la que acaba considerando cómo bárbaros a esclavos, bandidos o desertores. C. Alonso del Real, *Esperando a los bárbaros* (Madrid 1972) 105. F. J. Gómez Espelosin, “La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico”, *Habis* 24 (1993) 107.

como son las tácticas empleadas. Los diversos grupos de rebeldes –liderados por Espartaco, Crixo o Enomao–, han sido interpretados tradicionalmente por la historiografía como escisiones dentro del contingente servil y como causa fundamental de su fracaso final⁶⁶. No obstante, estas supuestas divisiones pueden ser contempladas como partidas independientes de bandoleros muy numerosas y con una similar composición social, pero no con unos objetivos homogéneos⁶⁷.

No debemos olvidar que la unidad de la partida de bandidos dependía en gran modo de las capacidades de su líder; su valor, su carisma y su sentido de la justicia aparecen como garantías de supervivencia. Las medidas adoptadas por Espartaco en el interior de su campamento contra la actividad de los mercaderes nos recuerda al cuidado que con el reparto del botín debían tener los líderes de las partidas⁶⁸. Incidiendo un poco más en la cuestión de la jefatura, las bandas de *latrones* estaban articuladas en torno al carisma, el carácter o los prodigios de un líder, de una cabeza visible que los guiaba. Los éxitos, casi mágicos del bandido Bulla Felix en el arte del disfraz⁶⁹, pueden estar conectados con las manifestaciones prodigiosas en las revueltas serviles sicilianas, que se repiten en el caso de Espartaco⁷⁰.

Tanto la revuelta dirigida por el tracio, como el fenómeno del *latrocinium*, fueron dos movimientos de carácter agrícola y no urbano. Es, en su mayoría, la población agrícola, libre o servil, la que abastece las filas de las partidas de bandoleros y la que sigue a Espartaco⁷¹. Es inútil seguir pensando que existían sesenta mil gladiadores en Italia y que todos se alzaron al unísono contra Roma. Espartaco y los *latrones* son elementos ajenos al mundo urbano. No reciben un apoyo significativo de las ciudades. La ciudad es la enseña de la civilización, y tanto uno como otros son, en cierto modo, manifestaciones de salvajismo. Habitados a una geografía de densos bosques, pantanos y montañas, la ciudad

⁶⁶ En el siglo XIX, T. Mommsen argumentó que las diferencias étnicas dentro del contingente servil fueron las que a la postre, determinaron los diferentes objetivos y el fracaso final. En el primer tercio del XX, S. I. Mischulin sustituyó las diferencias étnicas por sociales: libres y esclavos lucharían por objetivos diversos, aunque el final fuera el mismo. R. Orena, “L’elemento sociale nella storiografia sulla rivolta di Spartaco”, *Index* 8 (1978-1979) 144-153. R. Orena, *Rivolta e rivoluzione. Il bellum di spartaco nella crisi della repubblica e la riflessione storiografica moderna* (Milano 1984) 43-65. Este razonamiento es deudor de la creencia romana, en el caso de las revueltas sicilianas, de que sí surgen varios grupos entre los rebeldes, estos acabarán destruyéndose entre sí. D. S. 34-35.2.17. F. J. Gómez Espelosín, *op. cit.* (1993) 122.

⁶⁷ En su monografía sobre Espartaco, el profesor Antonio Guarino contempla al tracio más como un líder de bandidos que como un gran general, siendo su organización en bandas. A. Guarino, *Spartaco. Analisi di un mito* (Napoli 1979) 61 ss. y 99 ss. Lograr un número tan elevado de rebeldes vino provocado por las circunstancias. K. R. Bradley, *Slavery Rebellion in Roman World. 140-70 B.C.* (London 1989) 99.

⁶⁸ App. B. C. 1.117.

⁶⁹ C. D. 77.10.

⁷⁰ Eunus, Salvius y Atenión, los tres líderes de las dos revueltas sicilianas comparten atributos adivinatorios. D.S. 34-35.2.5-8; 36.4.4; 36.5.1-3. La compañera de Espartaco también le predijo un gran destino tras tener una visión. Plu. *Crass.* 8.4.

⁷¹ Livio hace referencia a esclavos de la ergástula como integrantes de sus filas. Liv. *Per.* 95.2.

aparece como un medio hostil. El recinto amurallado suele ser para el bandido el lugar donde se certifica su final; nos referimos a las ejecuciones públicas; una ceremonia que mantiene, restablece y conserva inalterado el equilibrio social⁷². Y por una suerte de coincidencia macabra que se reservaba el destino, los esclavos supervivientes de la revuelta fueron crucificados en el camino que separaba dos ciudades. Para ellos, lo que acontecía al otro lado de las murallas, estaba vedado, incluso en el momento de su muerte.

Ambos fenómenos se asemejan en los fines perseguidos. Se trata de objetivos personales y nunca universales⁷³. Espartaco y los suyos no luchan para abolir la esclavitud; y si liberan esclavos lo hacen para que se integren en sus filas y no para socavar la institución. No existe ninguna prédica abolicionista. Cuando obligan a los romanos a combatir como si fueran gladiadores dejan claro que, alejados de toda utopía, los esclavos reclaman su derecho a gozar de los beneficios que proporciona la esclavitud⁷⁴. No se puede sostener la idea de una vuelta al hogar de los esclavos porque en primer lugar habría que definir con precisión cuál es esa patria a la que se dirigen. Espartaco no es Moisés que dirige a su pueblo en busca de la Tierra Prometida. Y si ese territorio de promisión existía, era sin duda, Italia. A lo largo de tres años de ventajosas escaramuzas contra las fuerzas romanas⁷⁵, los rebeldes garantizaron su seguridad siguiendo las rutas tradicionales del pastoreo transhumante y sobreviviendo gracias al saqueo. Este *modus vivendi* resulta muy próximo al de los bandidos. Y los objetivos, igual de egoístas.

Vimos al inicio como los bandidos se autoproclamaban, en ocasiones, defensores de la tradición frente a la llegada de nuevos modelos del exterior que amenazaban con hacer trizas el equilibrio de fuerzas que ellos conocían. A partir de ahí podemos reinterpretar los intentos de Roma de extender hacia el sur su nuevo modelo agrícola frente a la tradicional estructura ganadera y pastoril⁷⁶. En la defensa de esa estructura agraria tradicional podían haberse unido, aunque de manera inconsciente e independiente, Espartaco y el endémico bandidaje.

No eran los términos *latro* o *latrocinium* los únicos incorporados a las agrias inectivas políticas de finales de la República. Del mismo modo, el término gladiador –fruto del trato social que le era conferido–, acabó convertido en una suerte de insulto y de descalificación del adversario⁷⁷. Y no sólo el término genérico de

⁷² K. Hopkins, *Death and Renewal* (Cambridge 1983) 29.

⁷³ K. R. Bradley, *op. cit.* 102 y 127 ss.

⁷⁴ Apiano refiere que lucharon 300 romanos en los funerales de Crixo. App. B. C. 1.117. Orosio eleva la cifra a 400 y varía el motivo: el entierro de una matrona romana. Oros. 5.24.3. A. Guarino, *op. cit.* 93 ss.

⁷⁵ En la única batalla frontal y acorde con las tradicionales reglas del arte de la guerra que presentó Espartaco –más allá de escaramuzas y guerrillas–, fue derrotado. A. Guarino, *op. cit.* 101 ss.

⁷⁶ A. Deman, “Bergers transhumants et mouvements de résistance en Italie depuis les Gracques jusqu’à César”, T. Yuge y M. Doi (eds.), *Forms of control and subordination in Antiquity* (Leiden 1988) 213 ss.

⁷⁷ Cic. *Fam.* 12.2.1; *Phil.* 2.3.7; 2.25.63; 2.29.74; 3.7.18; 5.4.10; 5.12.32; 6.2.3; 7.6.17; 11.7.16; 13.7.16; 13.9.20; 13.11.25; 14.5.14. El apelativo también fue usado en el Imperio para condenar,

gladiador, sino también el nombre de Espartaco fue utilizado en el transcurso de los combates dialécticos⁷⁸.

No pretendemos enterrar aquí el adjetivo “servil” aplicado a los sucesos del año 74 en Capua⁷⁹. Y sí mostrar cómo, a los ojos romanos, los esclavos, los pastores y los bandidos ocupaban un mismo territorio alejado de la civilización, del orden y de las normas que Roma imponía. No hablamos de dos realidades idénticas, sino que admitimos que estamos ante un ámbito amplio y difuso que engloba manifestaciones conectadas entre sí y difíciles de diferenciar con nitidez. Espartaco era un gladiador y un esclavo, nadie lo duda. Pero tampoco hay que dudar de que los esclavos, los gladiadores y los *latrones* habitaban ese espacio común lejos de Roma y de lo que Roma significaba.

una vez muerto, a Cómodo. H.A. C. 18-19. J. R. Aja Sánchez, “Imprecaciones senatoriales contra Commodo en la Historia Augusta”, *Polis* 5 (1993) 5-21.

⁷⁸ Cic. *Phil.* 3.8.21; 4.6.15; 13.10.22. Luc. 2.554. H.A. *M.* 9.6.

⁷⁹ No olvidemos que fue Roma quien calificó a estos episodios en la categoría de guerras serviles; ignoramos de qué manera las denominaban sus protagonistas activos. K. R. Bradley, *op. cit.* 125.